

Disparidades entre las distintas miradas que Sigmund Freud dirigió hacia su teoría de la seducción. ¿Realidad o fantasía?

Luis Sanfelippo *

Mauro Vallejo

Resumen

Freud construyó su teoría de la seducción en 1896. A pesar de que la abandonó al año siguiente, no comunicó ese cambio sino unos años más tarde. Sin embargo, a lo largo de sus escritos psicoanalíticos volvió en reiteradas ocasiones a lo sucedido en 1896. Así, construyó interpretaciones muy distintas acerca de su hipótesis de la seducción. El objetivo de este escrito es revisar esas interpretaciones y sugerir algunas explicaciones de sus mutuas diferencias. Al final de su doctrina, el creador del psicoanálisis afirmó que las escenas de seducción eran siempre fantasías; por el contrario, en las versiones más tempranas, se afirmaba ya sea la realidad de los hechos, ya la imposibilidad de establecer esa discriminación.

Palabras clave: Seducción - Historia - Freud - Abraham

Disparities between the different ways that Freud theorize about seduction. Reality or fantasy?

Abstract

Freud built his seduction theory in 1896. Although he abandoned it one year later, he reported this change some time after. In spite of that, along his psychoanalytic writings he continued returning to what happened in 1896. Thus, he created very different interpretations about his seduction hypothesis. The aim of this paper is to review these interpretations and suggest some explanations for the differences among them. At the end of his doctrine, the father of psychoanalysis stated that the scenes of seduction were always fantasies; on the contrary, in the earlier versions of his interpretations he affirmed either the reality of the facts, or the impossibility of making such discrimination between reality or fantasy.

Key words: Seduction - History - Freud - Abraham

Introducción

Durante 1896, Sigmund Freud esgrimió, en tres artículos, una hipótesis etiológica con la que esperaba revolucionar la neuropatología. Según dicha hipótesis, solo desarrollarían una neurosis en la adultez aquellas personas que en su infancia habían atravesado una vivencia sexual de abuso, devenida posteriormente traumática. A partir de esta idea, el médico vienés creía poder ubicar un factor predisponente distinto a la herencia y, de esa manera, cuestionar el lugar preponderante de esta última en la explicación de la causa de las patologías. Pero la confianza depositada en esa teoría traumática se destruyó poco tiempo después, tal como lo demostrarían sucesivas referencias del mismo Freud al asunto a partir de 1904.

Desde comienzos del siglo XX, Freud construyó distintas versiones acerca de lo sucedido en aquel temprano momento de su pensamiento. Durante largas décadas, las reconstrucciones esgrimidas por el creador del psicoanálisis constituyeron el único material disponible sobre ese período de su obra. Ese panorama se vio modificado en tres tiempos, merced a la aparición de diversos materiales que renovaron las evidencias y los

interrogantes ligados a la teoría de la seducción. En primer lugar, se ubica la edición, en 1950, de la versión parcial y recortada de las cartas que Freud escribiera a su amigo Fliess. En ellas se podía leer el entusiasmo inicial de Freud por su descubrimiento, las vacilaciones posteriores y el abandono final de su teoría, explicitado por vez primera en la célebre esquelera del 21 de septiembre de 1897.

Otro de los aportes esenciales de esa obra residió en la introducción redactada por Ernst Kris, pues allí se acuñó el término de “teoría de la seducción” para nombrar la conjetura de 1896. En segundo lugar, cabe recordar el *best-seller* de Jeffrey Masson de 1984, *El asalto a la verdad*. El autor rechazaba la posibilidad de que las escenas sexuales infantiles relatadas por Freud en 1896 fueran fantasías, y explicaba el abandono de la tesis de la seducción por la cobardía de Freud, ante el probable escándalo que sus sentencias podían generar en la sociedad victoriana. En tercer lugar, investigaciones más recientes ensayaron otra interpretación sobre el problema. En este tercer grupo cabe ubicar, por un lado, a quienes negaron no solo los sucesos sino también los supuestos relatos de los pacientes de Freud, agregando que la conjetura de 1896

* Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología (UBA) - CONICET. E-mail: luissanfe@gmail.com

se fundó sobre la ausencia de evidencias clínicas y sobre reconstrucciones realizadas por el psicoanalista (véase sobre todo Esterson, 1993; Schimek, 1987; Triplett, 2004); y por otro lado, a autores que plantearon el posible origen sugestivo de los relatos de los pacientes: en 1896 esos enfermos habrían relatado esas escenas porque Freud, sin saberlo, los sugestionaba para que así lo hiciesen (Borch-Jacobsen, 1996).

Así, se podría decir que los análisis de los historiadores estuvieron siempre atravesados por el afán de distinguir claramente dos campos: el real y el falso. Para la versión canónica construida por la propia disciplina psicoanalítica -y allí se incluyen los últimos trabajos de Freud que luego comentaremos- era menester trazar la divisoria de aguas entre algo real (encarnado, por un lado, por el relato efectivo de los pacientes, y por otro, por la real existencia de la sexualidad infantil) y algo fantaseado (las escenas traumáticas). Para algunos historiadores, en cambio, se debía revisar si había una correspondencia demostrable entre los relatos de los enfermos y hechos sucedidos positivamente e, incluso, si había una correspondencia entre lo que el psicoanalista afirmaba sobre los pacientes y los dichos de estos.

Si el episodio de la seducción dio lugar a tan diversas lecturas, es porque la secuencia de los escritos freudianos realmente presenta disparidades notables a la hora de relatar qué pasó en 1896. Gran parte de los psicoanalistas han pasado por alto esas diferencias, y los historiadores han asumido hasta el presente una posición: la existencia de versiones tan contrastantes indicaría sencillamente que Freud no poseía evidencias, y toda la teoría era un producto de su fantasía (Triplett, 2004).

El objetivo de este trabajo es analizar las diferentes versiones dadas por Freud de lo sucedido en 1896. A partir de ello, procuraremos defender dos hipótesis: por un lado, que las razones de las modificaciones en las versiones, deben hallarse en los problemas que interesaban al psicoanalista en cada uno de los momentos en que volvió a referirse a la seducción; por el otro, que un análisis global de la totalidad de referencias freudianas a aquella, pondría en cuestión el afán observado en los trabajos históricos por distinguir lo real de lo falso, pues las fronteras entre ambos polos se tornarían difusas.

Desarrollo

Establecimiento del canon y sus elisiones

La versión más extendida acerca de la teoría de la seducción de 1896, sostiene que el médico vienés habría creído primero en el poder causal de unas vivencias de abuso sexual infantil, para luego descubrir que esas escenas no tendrían existencia real: serían tan solo el enunciado de fantasías inconscientes. En esta narración histórica se encuentra resumido el problema que planteábamos en la introducción: las oposiciones tajantes entre realidad y fantasía, entre mundo externo e interno, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo verdadero y lo falso.

La plasmación más desarrollada de esa versión la produce Freud en 1933. Por ese motivo, nuestro recorrido se inicia con ella. Nos referimos a un conocido pasaje de su conferencia acerca de la feminidad:

En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes mujeres me referían que habían sido seducidas por su padre. Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos *informes eran falsos*, y así comprendí que los síntomas histéricos *derivan de fantasías, no de episodios reales [énfasis añadido]*. Solo más tarde pude discernir en esta fantasía de seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer. (Freud, 1933/1999, pp. 111-112).

Ese fragmento merece diversos comentarios. El primero de ellos atañe a uno de los aspectos más controversiales de la teoría de la seducción, el que ha sido explotado sobre todo por los historiadores que recalcaron el cariz sugestivo de los relatos de 1896. Tanto en este escrito de 1933 como en otros de las décadas anteriores, Freud afirma que los pacientes le “referían” espontáneamente recuerdos de atentados sexuales sufridos en la infancia. Sin embargo, los tres escritos de 1896 sobre la seducción dicen y reiteran que los pacientes jamás conservan recuerdos conscientes de los abusos sexuales y que, por ende, jamás relatan espontánea o voluntariamente esas escenas de profanación. Más aún, en *La herencia y la etiología de las neurosis*, Freud explicitó su reverso necesario: los traumas infantiles “emergen” exclusivamente gracias a la “presión del procedimiento analizador y contra una resistencia enorme” (Freud, 1896^a/1999, p. 152) La no existencia de recuerdos conscientes de los ataques será repetida en las dos publicaciones restantes (Freud, 1896b/1999, p. 166; Freud, 1896c/1999, pp. 203, 210).

La cita de 1933 reclama un segundo comentario. En ella Freud afirma que sus pacientes mujeres de 1896 frecuentemente acusaban al padre del ataque sexual. Dado el lugar central que el Complejo de Edipo había alcanzado en su pensamiento sobre las neurosis por aquellos años, nada más natural que las histéricas mujeres, con el fin de tramitar sus impulsos incestuosos, construyeran fantasías de seducción de esa naturaleza. Por ende, las escenas de seducción serían, primero, fantasías y, segundo, efectos de la operatoria edípica. No obstante, cabe señalar que ese intento por traducir la seducción al lenguaje del Edipo no había aún sido realizado por Freud en las dos primeras décadas del siglo XX. Más aún, la entronización de esta versión elide elementos que hasta entonces ocupaban un lugar en la teoría. Por ejemplo, impide observar que, en años anteriores, el psicoanalista había intentado explicar los relatos de seducción, no a partir del complejo nuclear, sino de otros componentes de la sexualidad infantil.

Además, es menester considerar que en las páginas de 1896 -tanto en las tres publicaciones como en las cartas enviadas a su amigo Fliess- rara vez el padre era

señalado como el atacante sexual. Se ha dicho que a fines del 1800 Freud no podía afirmar abiertamente que el abusador era el padre; realizar esa sentencia le hubiera merecido demasiados reproches por parte de sus colegas. Pero ese intento de explicar la aparente contradicción no es capaz de sortear un obstáculo sencillo: en sus cartas a su amigo berlinés, en las cuales Freud se permitía todo tipo de confidencias, los padres tampoco eran descritos como los adultos responsables de los traumas sexuales.

El tercer comentario que deseamos incluir se refiere al hecho de que ese fragmento deja claramente establecida una división entre realidad y fantasía, por la que los relatos de traumas infantiles son abiertamente planteados como falsos. Ahora bien, en el mismo movimiento en que tilda de fantástica a la escena traumática, Freud deja en claro que un hecho sí tuvo lugar, en una fecha determinada y aprehensible. Lo realmente acaecido tiene que ver con el despertar de un impulso. Las fantasías serían entonces expresión de algo real (o, incluso, tramitación simbólica de algo que escapa a ese registro); menos una falsedad que manifestación desfigurada de una verdad. Como empieza a observarse, el interjuego entre realidad y fantasía, verdad y falsedad es más complejo que el de una simple disyunción excluyente.

En lo que sigue nos proponemos revisar las versiones previamente construidas sobre la seducción, prestando especial atención al modo en que ellas explicitaban la combinación entre realidad y fantasía, y a la manera en que se dejaba margen a la existencia de hechos reales.

La versión de 1933 no presenta grandes diferencias respecto de la interpretación construida en 1925, en su escrito autobiográfico. De todas maneras, si miramos las cosas más de cerca, podemos apreciar que en los enunciados de este trabajo se deslizan pequeñas diferencias que envían a problemáticas que, habiendo sido elididas completamente en 1933, tenían su peso en las elaboraciones más tempranas del psicoanalista. Citemos *in extenso* el pasaje que aquí interesa:

Debo mencionar un error en que caí durante un tiempo y que pronto se habría vuelto funesto para toda mi labor. *Bajo el esforzar a que los sometía mi procedimiento técnico de aquella época, la mayoría de mis pacientes reproducían escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual por un adulto. En las mujeres, el papel del seductor se atribuía casi siempre al padre...* Cuando después hube de discernir que esas escenas de seducción no habían ocurrido nunca y eran solo fantasías urdidas por mis pacientes [énfasis añadido], que quizá yo mismo les había instilado, quedé desconcertado un tiempo... Cuando me sosegué, extraje de mi experiencia las conclusiones correctas, a saber, que los *síntomas neuróticos no se anudaban de manera directa a vivencias efectivamente reales, sino a fantasías de deseo [énfasis añadido]*, y que para la neurosis valía más la realidad psíquica que la material. Tampoco creo hoy que yo

instilara, «sugiriera», a mis pacientes aquellas fantasías de seducción. En ellas me topé por vez primera con el *complejo de Edipo...* Por lo demás, la seducción en la infancia conserva su parte en la etiología, aunque en escala más modesta. (Freud, 1925/1999, pp. 32-33)

Son dos los elementos que, presentes en ese fragmento, desaparecerán en la versión de 1933. Primero, la sospecha, rápidamente descartada, de haber sido responsable de instilar esos recuerdos en las mentes de los pacientes. Segundo, y más importante, la admisión de la posibilidad de existencia de las seducciones infantiles. Al comienzo de la cita, el creador del psicoanálisis parece encaminarse hacia la oposición tajante que defenderá unos años más tarde, pues afirma que las escenas eran meras fantasías sin correlato en la realidad. La realidad psíquica queda aquí en completa oposición a la realidad material, y pareciera que, respecto de los relatos de los análisis, habría que diferenciar bien las vivencias -que no tendrían ningún componente de fantasía- y las fantasías -que no remitirían nunca a hechos acontecidos. Pues bien, esa declaración no es del todo coherente con la consideración que cierra el fragmento, en la cual se declara que en algunos casos esos ataques realmente existen, y son capaces de producir neurosis.

Es esa pretensión de matizar o debilitar la presunta mutua exclusión entre la realidad y la fantasía, la que se observa claramente en unas palabras escritas poco antes. Nos referimos a las notas al pie que el autor agregó en 1924 con motivo de la re-edición de los textos de 1896. En esas notas, Freud deja explícitamente asentado que el reconocimiento del estatuto de fantasía de la mayoría de las vivencias no implica descartar de plano la posibilidad de que, en ciertos casos, los ataques hayan existido y tengan valor en la etiología. Leamos, por ejemplo, el siguiente agregado a su escrito *Nuevas puntualizaciones...*:

Un error que después he admitido y rectificado repetidas veces. Por aquel tiempo yo aún no sabía distinguir entre las fantasías de los analizados acerca de su infancia y unos recuerdos reales. A consecuencia de ello, *atribuí al factor etiológico de la seducción una sustantividad y una validez universal que no posee [énfasis añadido]*. Superado este error, se abrió el panorama de las exteriorizaciones de la sexualidad infantil... Sin embargo, no todo lo contenido en este texto es desestimable; *la seducción conserva cierta significatividad para la etiología [énfasis añadido]*. (Freud, 1896b/1999, p. 169).

Nótese que en este texto, más que en otros, se subraya que el error no habría sido considerar reales los relatos de seducción, sino más bien haber hecho de esos ataques la causa de todos los casos de neurosis de defensa.

Las versiones olvidadas de la década del '10

Prosiguiendo este trayecto en sentido inverso, llegamos a reinterpretaciones de la teoría de la seducción que, por entrar en contradicción con las versiones finalmente aclamadas, han sido parcialmente olvidadas por la memoria de la disciplina psicoanalítica. En ellos se observa más claramente lo que solo puede leerse entre líneas en las versiones posteriores: esto es, la no oposición tajante entre realidad y fantasía.

En tal sentido, algunos pasajes de la vigesimotercera conferencia de los años 1916-1917 constituyen un momento capital en esta historia. En esos fragmentos, Freud presenta un completo argumento tendiente a mostrar que la partición entre verdad (material) y fantasía no tiene demasiado sentido, pues en muchos casos ambos ingredientes se presentan mezclados. Más aún, la razón de la relativa inutilidad de esa separación sería más fuerte, pues la conclusión a la que arriba el autor reza que, en relación a la neurosis resultante, el efecto es el mismo, sin importar que haya estado en juego algo vivido o algo fantaseado.

Tal y como era de esperar, ese desarrollo no es hecho sin sobresaltos ni contradicciones aparentes. Así, cuando Freud inaugura el tema afirmando que “en la mayoría de los casos” los hechos relatados sobre la infancia no son verdaderos, todo pareciera indicar que asistimos a la preparación de las versiones ulteriores (Freud, 1916-1917/1999, p. 334). Pero inmediatamente el psicoanalista recobra su rumbo, y explicita el eje de su trabajo de entonces: “...puede demostrarse que la situación es esta: las vivencias infantiles construidas en el análisis, o recordadas, son unas veces irrefutablemente falsas, otras veces son con certeza verdaderas, y *en la mayoría de los casos, una mezcla de verdad y falsedad [énfasis añadido]*” (Freud, 1916-1917/1999, p. 334).

Luego, Freud se dirige específicamente a las escenas de seducción. Y entonces vemos aparecer la primera gran diferencia con las versiones antes revisadas: en muchos casos no serían escenas fantaseadas. “Particular interés presenta la fantasía de la seducción, aunque solo sea porque a menudo no es una fantasía, sino un recuerdo real. Pero, afortunadamente, no lo es con tanta frecuencia como lo sugerirían a primera vista los resultados del análisis” (Freud, 1916-1917/1999, p. 337). La segunda alteración hace su emergencia de inmediato. Según las versiones posteriores a 1920, la fuente de ese fantasear, la razón de ser de las escenas inventadas de seducción, era la operatoria del complejo de Edipo. En estas conferencias ello no era así:

Con la fantasía de la seducción, cuando no la ha habido, el niño encubre {decken} por regla general el período autoerótico de su quehacer sexual. Se ahorra la vergüenza de la masturbación fantaseando retrospectivamente, para estas épocas más tempranas, un objeto anhelado (Freud, 1916-1917/1999, p. 337).

Esa aclaración es sustancial: no se trata de que el niño sienta impulsos eróticos hacia sus padres y por ese motivo crea fantasías de seducción. Más bien, el lazo con un objeto, presente en la escena de seducción es

ubicado *retrospectivamente* en un período temprano, el del autoerotismo, período en el que Freud parece sugerir la ausencia de objeto (al menos, bajo la forma de una relación erótica o elección amorosa con un otro). Entonces, el hecho cierto que está detrás de las fantasías, no es estrictamente hablando el Edipo, sino la masturbación. Más aún, la afeción que en verdad opera en la génesis de esas escenas no es el amor sino la vergüenza -por la autosatisfacción realizada.

Todos esos argumentos derivan en una proposición que, tal y como en instantes comprobaremos, Freud había obtenido de su discípulo Karl Abraham. Nos referimos al enunciado del carácter necesario de ciertos contenidos de recuerdo de la infancia, entre los que se destaca la seducción junto con la amenaza de castración y la observación del coito de los padres:

No se tiene otra impresión sino que tales hechos de la infancia son de alguna manera necesarios, pertenecen al patrimonio indispensable de la neurosis. Si están contenidos en la realidad, muy bien; si ella no los ha concedido, se los establece a partir de indicios y se los completa mediante la fantasía. El resultado es el mismo, y hasta hoy no hemos logrado registrar diferencia alguna, en cuanto a las consecuencias de esos sucesos infantiles, por el hecho de que en ellos corresponda mayor participación a la fantasía o a la realidad. (Freud, 1916-1917/1999, pp. 337-338)

Podría discutirse si el resultado de un abuso sexual infantil pudiera ser el mismo que el de una fantasía. Pero, dejaremos de lado este debate para centrarnos en el modo en que Freud justifica la necesidad de esas escenas, aun cuando no hayan sido vivenciadas en el transcurso de una vida. Para el psicoanalista, esas fantasías serían, en última instancia, “un patrimonio filogenético” (Freud, 1916-1917/1999, p. 338). Para explicar la razón de su contenido constante en todos los sujetos, el creador del psicoanálisis no tiene más recurso que la filogenia. Las fantasías de los neuróticos actuales no son otra cosa que una transmisión de los hechos realmente sufridos por nuestros antepasados remotos.

Entonces, las fantasías, como expresión y tramitación de un hecho real -el ejercicio autoerótico-, encuentran su contenido en otro hecho real, que habría ocurrido en la infancia de la humanidad. Como puede observarse, se mantienen tanto la necesidad de ubicar un acontecimiento efectivamente acontecido tras la fantasía, como también el complejo interjuego entre realidad y fantasía, pues no se trata de una simple división entre una y otra sino de una mutua interrelación. Las fantasías solo pueden derivar de hechos reales; al mismo tiempo, de algunos de estos hechos solo tenemos noticia y acceso por las fantasías: no habría expresión posible de esos acontecimientos tempranos que no incluya un componente fantástico.

Por otro lado, cabe establecer un claro nexo entre esos pasajes de 1916-1917 y el modo en que Freud caracteriza el problema de la seducción en su ensayo histórico de 1914. Sin embargo, también hay

diferencias. Si en el texto recién analizado Freud afirmaba que la seducción podría ser un hecho real, el escrito de 1914 constituye la primera vez que Freud, en su obra impresa, da a entender que *todos* los atentados de los que trataba su teoría de 1896 eran en realidad fantasías:

Bajo la influencia de la teoría traumática de la histeria, originada en Charcot, se tendía con facilidad a *juzgar reales y de pertinencia etiológica [énfasis añadido] los informes de pacientes que hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, vale decir, dicho groseramente, a una seducción. Cuando esta teoría se desbarató por su propia inverosimilitud y por contradecirla circunstancias establecidas con certeza, el resultado inmediato fue un período de desconcierto total. El análisis había llevado por un camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles, y hete aquí que no eran verdaderos. Era perder el apoyo de la realidad....Si los histéricos reconducen sus síntomas a traumas inventados, he ahí precisamente el hecho nuevo, a saber, que ellos fantasean esas escenas, y la realidad psíquica pide ser apreciada junto a la realidad práctica [énfasis añadido]. Pronto siguió la intelección de que esas fantasías estaban destinadas a encubrir, a embellecer y a promover a una etapa más elevada el ejercicio autoerótico de los primeros años de la infancia. (Freud, 1914/1999, pp. 16-17)*

El comienzo de la cita se contrapone a los planteos de 1916-1917. Freud afirma que los informes de pacientes sobre traumas en la infancia “no eran verdaderos” y que esta intelección conduciría a perder “el apoyo de la realidad”. Parecería que se dirigía a establecer una contraposición tajante entre realidad/verdad y fantasía/falsedad. Sin embargo, nuevamente la fantasía aparece en relación con la realidad por ser, al igual que en las conferencias dictadas dos años después, un modo de tramitación del ejercicio autoerótico. Nótese asimismo que para esta fecha -1914- Freud aún no afirma que en esas fantasías los seductores son siempre los padres. Dado que todavía no ha ensayado la soldadura entre seducción y Edipo -tal y como sí hará años más tarde-, es lógico que no precise efectuar ese nexo.

Pero lo sucedido en 1914 es importante por una razón más valiosa aún. Según nuestro parecer, el retorno de Freud sobre sus producciones de fines del siglo anterior, fue una de las piezas clave de su batalla contra las disidencias que en ese momento se estaban produciendo al interior del movimiento analítico. Tanto su determinación de ligar estrechamente las fantasías a hechos reales, así como su creciente interés por los datos de la filogenia -interés que estaba también atravesado por la certeza de buscar en el pasado hechos realmente acaecidos- forman parte de su respuesta a las fracturas teóricas que hacían peligrar la homogeneidad de su disciplina. Ambas apelaciones a eventos reales son,

sin lugar a dudas, una forma de contrarrestar la amenaza de la orientación liderada por Carl Jung. En contra de los arquetipos de este último, y en contra de la desexualización pregonada por el psiquiatra suizo, Freud intentó dejar bien en claro que la acción del psicoanálisis siempre debe estar orientada hacia el hallazgo de acontecimientos reales y sexuales, sin importar que su origen se ubique en los impulsos prematuros de la infancia o en los accidentes de los antepasados remotos. Aquí, nuevamente, las reinterpretaciones de la teoría de 1896 aparecen sesgadas por el interés que mueve a Freud en el momento de volver su mirada hacia sus ideas tempranas.

En el escrito de 1914 no solamente se aprecia la presencia del diálogo con sus alumnos disidentes, sino también la reapropiación por parte de Freud de aportes de otros psicoanalistas más fieles. En efecto, en esas páginas el médico de Viena afirma que “la última palabra en cuanto a la etiología traumática la dijo después Abraham (1907/1980), cuando señaló que precisamente la especificidad de la constitución sexual del niño es propicia para provocar vivencias sexuales de un tipo determinado, vale decir, traumas.” (Freud, 1914/1999, p. 17). Tal y como otros autores ya han comentado, esa alabanza al texto de Abraham presenta ciertos problemas (Good, 1995; Masson, 1984). Freud se está refiriendo a uno de los primeros escritos psicoanalíticos de su colega alemán, que retoma una conferencia dictada por Abraham en abril de 1907. Cabe recordar, por otro lado, que el envío del borrador de ese texto por parte del alemán fue el punto de inicio de la correspondencia y la amistad entre los dos profesionales.

Sin embargo, resulta llamativo que el contenido de la publicación de Abraham presenta serias contradicciones con la versión que Freud abraza en 1914 acerca de la seducción. En primer lugar, según las consideraciones del joven discípulo, los atentados sexuales son siempre hechos reales y no fantaseados. Recordemos que la tesis principal de la obra de 1907 era que los trabajos freudianos de 1896 tenían una cuota de verdad. Pero, para Abraham, no se trata de que los abusos sexuales en la infancia produzcan la neurosis, sino que la relación es inversa. Ciertos niños, justamente por estar predispuestos a la neurosis -es decir, por ser neuróticos en potencia- buscan inconcientemente, o inducen, esos ataques sexuales de los adultos. Esos niños se exponen a esos traumas (Abraham, 1907/1980), que, según su perspectiva, fueron reales sin lugar a dudas. En segundo lugar, los impulsos sexuales que estarían en la base de esas incitaciones serían patrimonio exclusivo de los niños que, debido a su constitución anormal, son más proclives a padecer neurosis. Es decir que, a contrapelo de lo que Freud dirá en 1914, en el escrito de 1907 no se trata de un elemento que, estando presente en todos los niños -como sí sucedería en el caso del impulso onanista-, generaría en todos ellos las fantasías de seducción. Por el contrario, para Abraham lo que está en juego es un rasgo patológico de los sujetos neuróticos.

En función de lo anteriormente dicho, podemos concluir que la recuperación que Freud hace en 1914 de la tesis de Abraham habla más de las necesidades

teóricas del primero que del contenido efectivo del texto de 1907. Nuestra hipótesis es que el vienés precisaba, durante el fragor de su batalla contra Jung, del reforzamiento de la realidad de los hechos. El texto del colega alemán ilustra de manera inmejorable que efectivamente había impulsos sentidos por los niños, y que ellos eran la pieza esencial del problema de la seducción. Tanto apego mostraba Freud hacia esa conjetura, que podía pasar por alto los detalles verdaderos de la propuesta de 1907, e incurrir así en visibles contradicciones. En el mismo texto en el cual se dictaminaba que las seducciones eran siempre fantasías, se afirmaba que la “última palabra” al respecto había sido dicha por un trabajo que jamás ponía en duda la realidad de las vivencias. Como se ve, tras este recorrido, resulta cada vez más inverosímil la versión más aceptada de un pasaje aporético en la obra freudiana de traumas reales a fantaseados.

Las primeras versiones

Hasta aquí, hemos intentado mostrar cómo las distintas versiones de lo ocurrido a fines del siglo XIX han sido afectadas por los intereses de Freud en cada uno de los momentos posteriores. Además, si bien es parcialmente cierto que las últimas interpretaciones acentúan más la disyunción entre realidad y fantasía, también es necesario afirmar que el lazo entre ambas fue descrito con contradicciones y supuso siempre -aunque de distinta forma según la versión- una mutua interdependencia: las fantasías no descartan los acontecimientos sino que serían una expresión desfigurada de algo real; ciertos elementos reales tempranos son la fuente de las fantasías y se manifiestan principalmente a través de ellas.

Ahora llegó el momento de revisar la manera en que Freud intentó explicar, durante los primeros años del siglo XX, lo sucedido en sus trabajos de 1896. Tal y como ya dijimos más arriba, a pesar de que Freud deja de creer en la hipótesis de la seducción en septiembre de 1897, no comunica oficialmente ese giro inmediatamente. Recién a partir de 1904, el creador del psicoanálisis confiesa públicamente el abandono de su vieja teoría etiológica¹.

Podemos comenzar por el contenido de la carta que Freud envía el 7 de Julio de 1907 a Abraham, en respuesta al envío del borrador del texto que ya hemos comentado. El vienés realiza en esas breves páginas numerosos comentarios que habría que retener. Primero, Freud una vez más explica la producción retroactiva de fantasías de seducción en función del autoerotismo: el histérico “retrotrae a la infancia su necesidad objetal mediante la fantasía y recubre la infancia autoerótica con fantasías de amor y seducción” (Falzeder, 2002, p. 8). De todas maneras, es muy importante observar que esa explicación es válida solamente para el caso en que los traumas no habrían sido reales. Lo esencial es subrayar que Freud, por un lado, admite la realidad de los atentados en muchos casos, y por otro, señala la dificultad de trazar una separación clara entre realidad y fantasía: “parte de los traumas sexuales que cuentan los enfermos son o pueden ser fantasías; la distinción de los tan frecuentes

traumas verdaderos no es fácil” (Falzeder, 2002, p. 8)². Otro ingrediente que merece ser destacado es que en esta carta, Freud jamás dice que los ataques sexuales (reales o fantaseados) habrían sido cometidos por los padres, sino que más bien habla de los “abusos de las niñeras e institutrices” (Falzeder, 2002, p. 8). Vale aquí la observación que ya hicieramos más arriba: en este momento Freud no tenía necesidad de traducir estos elementos de su doctrina al lenguaje del Complejo de Edipo, y por ese motivo podía prescindir de una mención a los progenitores. Por último, en esa carta el líder del movimiento analítico criticaba la tesis de Abraham según la cual la constitución de los niños neuróticos sería muy distinta a la de los normales (Falzeder, 2002, p. 9).

Para terminar nuestro análisis, resta analizar las dos obras en las cuales Freud comunica por primera vez en qué sentido su pensamiento se ha modificado desde 1896. En este caso no tiene importancia el orden cronológico, pues ambos escritos fueron redactados casi al mismo tiempo (1905/1999), aunque uno de ellos se publicó un año más tarde. Siendo así, no deja de sorprender la disparidad existente entre los argumentos presentados en uno y otro escrito³. Si bien en ambas publicaciones reconoce la realidad de algunos de los traumas, el peso que se concede a la fantasía es diferente. Así, en la primera edición de su obra magna acerca de la sexualidad, Freud no parece abrigar la sospecha de que en algunas ocasiones la fantasía juega algún papel:

No puedo conceder que en mi ensayo sobre «La etiología de la histeria» yo haya sobrestimado [la] frecuencia [de la seducción] o su importancia, si bien es cierto que a la sazón todavía no sabía que individuos que siguieron siendo normales podían haber tenido en su niñez esas mismas vivencias, por lo cual otorgué mayor valor a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexuales. (Freud, 1905^a /1999, p. 173)

Vemos que el argumento principal pasa por señalar que el error de 1896 habría consistido en no tomar en cuenta que algunos sujetos no presentaron enfermedad luego de haber sido abusados⁴. Más aún, el error más grave no habría residido en la no diferenciación entre realidad y fantasía, sino en la no consideración de los factores constitucionales.

Por el contrario, en el segundo trabajo redactado en 1905, y aparecido en 1906, Freud presenta un razonamiento muy distinto para ilustrar qué habría sucedido a mediados de la década de 1890:

El material todavía limitado de entonces me había aportado, por azar, un número desproporcionadamente grande de casos en que la seducción por adultos u otros niños mayores desempeñaba el papel principal en la historia infantil. Sobreestimé la frecuencia de estos sucesos (*los cuales, por otra parte, no pueden ponerse en duda*) [énfasis añadido], tanto más

cuanto que a la sazón yo no sabía distinguir con certeza entre los espejismos mnémicos de los histéricos acerca de su infancia y las huellas de los hechos reales; desde entonces he aprendido, en cambio, a resolver muchas fantasías de seducción considerándolas como unos intentos por defenderse del recuerdo de la propia práctica sexual (masturbación infantil). (Freud, 1906^a/ 1999, pp. 265-266)

Nos interesa subrayar que en este párrafo Freud admite públicamente por primera vez la dificultad para distinguir los relatos que remiten a hechos reales y los que no y, por ende, reconoce la posibilidad de que los mismos fueran fantasías. Decir que es posible que lo fueran, no implica que todos lo sean -como afirmará en 1914 y en 1933-; pero sí significa admitir que algunos casos no remitían a unas vivencias de seducción sino que servían para enmascarar a la masturbación infantil⁵. Nuevamente, la fantasía aparece entendida como un texto que, si bien no remite a lo que su contenido explícitamente afirmaría -un abuso sexual infantil efectivamente acontecido-, sí denota *desfiguradamente* otro episodio *real*- el quehacer autoerótico del niño⁶. La fantasía no sería un texto falso sino un texto a *interpretar*.

Discusión

El recorrido efectuado a lo largo de estas páginas abre interrogantes diversos. Los historiadores más críticos tuvieron el mérito de circunscribir hace algunos años las disparidades existentes entre las versiones freudianas acerca de la seducción. De ese descubrimiento concluyeron, en su mayoría, que quedaba demostrado que Freud había construido su teoría del Edipo -edificada sobre los restos de la hipótesis de la seducción- sin evidencias clínicas validables (Triplett, 2004). Esa conclusión no es la única posible, ni la más profunda. El único historiador que luego se ocupó seriamente de analizar las discrepancias entre las sucesivas interpretaciones de Freud fue George Makari (1998). Ese autor afirmó que si las primeras declaraciones de Freud sobre la seducción (1904-1906) apuntaban sobre todo a cuestiones de epidemiología y etiología, ello se debía a que el público al que el psicoanalista se dirigía en ese entonces estaba conformado sobre todo por sus colegas médicos. Por el contrario, a partir de 1914 Freud ya contaba con un auditorio propio, por lo que dejó de lado aquellas discusiones galénicas, y se encargó sobre todo de resaltar que los fenómenos de la seducción constituían un apoyo muy firme a su teoría de la libido. De ese modo, lograba esencialmente diferenciar el verdadero psicoanálisis de las recientes tendencias herejes.

Sin embargo, creemos que Makari termina compartiendo con la versión canónica la idea de una diferenciación tajante entre dos momentos de la concepción de las relaciones entre fantasía y realidad. En

el primero, las seducciones tendrían un carácter real; en el segundo, se trataría de fantasías. Como hemos intentado demostrar, las relaciones entre realidad y fantasía son más complejas, y la posición de Freud al respecto es por momentos contradictoria y problemática. Pero también consideramos que nunca llega plenamente a prescindir de un elemento considerado real asociado a la fantasía. Más aún, la exégesis de Makari parece ser desmentida por algunas de las fuentes que él no tomó en consideración, pero que sí han sido analizadas en nuestro trabajo. Por ejemplo, el hecho de que Freud, a la hora de hablar con sus discípulos vieneses más cercanos a finales de 1907, haya apelado a argumentos que tenían que ver con epidemiología, señala que la distinción de auditorios propuesta por Makari no es tan sólida. Cabría decir lo mismo acerca de las primeras cartas que Freud envía a Abraham, a quien por ese entonces considera como un médico y no como un psicoanalista. En esas esquelas, por el contrario, no se trata de epidemiología sino del problema de la realidad y la fantasía.

Aún cuando haya notables diferencias en las versiones (debidas a los distintos intereses de Freud en cada uno de los momentos de reinterpretación de su teoría), una parte esencial del argumento esgrimido en la famosa carta de abandono de su *Neurótica* (21/07/97) permanecerá incólume. “En lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no puede distinguirse la verdad de la ficción investida de afecto.” (Masson, 1985, p. 284). Lo cual no significaría que las fantasías estuvieran en completa disyunción con la realidad o que no pudieran contener, como diría Freud muchos años después, un fragmento de verdad histórica desfigurado. En una carta anterior, fechada el 02 de mayo de 1897, decía: “Las fantasías provienen de algo oído, comprendido supletoriamente [con posterioridad], y desde luego son genuinas en todo su material. Son edificios protectores, sublimaciones de los hechos, embellecimientos de ellos” (Masson, 1985, p. 254) y no textos que se oponen a los hechos. Serían ficciones que “combinan lo vivenciado y lo oído, lo pasado (de la historia de los padres y antepasados) con lo visto por uno mismo” (Masson, 1985, p. 256, Manuscrito L). Como podrá apreciarse en trabajos muy posteriores, tales como el historial del *Hombre de los Lobos* o su ensayo sobre Moisés y el Monoteísmo, Freud nunca renunciará totalmente a la idea de que las fantasías tendrían su origen en algo acontecido (sea en la vida de la persona, sea en la de sus antepasados -incluso los más lejanos de ellos- y transmitido filogenéticamente) y, por ende, serían un modo de ocultar pero, al mismo tiempo, de mostrar, de recordar y de tramitar lo vivido.

Notas

1. De hecho, la primera rectificación pública aparece en un libro de Leopold Löwenfeld editado en 1904, en el cual se citan cartas en las que Freud comunicaba a su colega que ya no creía en la veracidad absoluta de sus ensayos de 1896 (véase Masson, 1984, pp. 127-128).
2. A tal respecto, cabe también recordar la opinión que Freud expresa en la reunión del 18 de diciembre de ese mismo año en la *Sociedad Psicológica de los Miércoles*. Estando Abraham presente durante esa velada en calidad de invitado, el vienes celebra el texto del alemán, pues este habría demostrado que “los niños mismos buscan sus traumas” (Nunberg & Federn, 1962, pp. 273-274). Es fácil colegir que Freud no pone en duda la realidad de esos atentados.
3. En la misma dirección se podría traer a colación algunos fragmentos de esos mismos años, en los cuales Freud parece declarar su defensa de la tesis de 1896 (véase por ejemplo Freud, 1905b, p. 7; Freud, 1906b, p. 5).
4. Nos permitimos mostrar que ese señalamiento retrospectivo no hace justicia a los escritos de 1896, pues en ellos Freud sí tomaba en consideración que no todos los sujetos abusados en la infancia luego presentarían neurosis (véase por ejemplo Freud, 1896c, pp. 209-210).
5. Disentimos en este punto con Tripplet, quien afirma que en este texto “Freud claramente evitó afirmar que sus pacientes de 1896 lo engañasen a él con historias ficticias” y que él recién “daría ese paso en su siguiente revisión en 1914” (Triplet, 2004, p. 657). Nuestro disentimiento es doble. Primero, porque Freud nunca dijo que “lo engañasen” sus pacientes; en todo caso, que se engañaba con los relatos de ellos y con su propia teoría. Segundo, porque en 1906 ya introducía la posibilidad de que fueran fantasías, aunque no fuera en todos los casos.
6. El hecho de que Freud, desde sus primeras relecturas de la seducción, y hasta bien entrada la segunda década del siglo XX, haya repetido que las fantasías de abuso intentan recubrir la masturbación infantil, nos induce a retomar un elemento muy bien analizado por George Makari (1997). Apenas abandonada la tesis de la seducción, y antes de construir un esquema basado en las fantasías y el Edipo, Freud dio forma a una explicación etiológica de la histeria que hacía del impulso masturbatorio la causa esencial.

Referencias

- Abraham, K. (1907/1980). La experimentación de traumas sexuales como una forma de actividad sexual. En K. Abraham. *Psicoanálisis clínico* (pp. 35-47). Buenos Aires: Hormé.
- Borch-Jacobsen M. (1996). Neurotica: Freud and the Seduction Theory. *October*, 76, 15-42.
- Esterson, A. (1993). *Seductive mirage. An exploration of the Work of Sigmund Freud*. Illinois, USA: Open Court Publishing Company.
- Falzedo, E. (2002). *Sigmund Freud - Karl Abraham. Correspondencia completa (1907-1926)*. Madrid: Síntesis.
- Freud, S. (1896a/1999). La herencia y la etiología de las neurosis. En *Obras Completas* Vol.III (pp. 139-156). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1896b/1999). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas* Vol. III (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1896c/1999). La etiología de la histeria. En *Obras Completas* Vol. III (pp. 185-218). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905a/1999). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras Completas* Vol. VII (pp. 109-224). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905b/1999). Fragmento de análisis de un caso de histeria [Caso Dora]. En *Obras Completas* Vol. VII (pp.1-107) Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1906a/1999). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En *Obras Completas* Vol.VII (pp. 259-271). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1906b/1999). Prólogo a *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre aus den Jahren 1893-1906*. En *Obras Completas* Vol.III (pp. 1-5). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914/1999). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Obras Completas* Vol. IVX (pp. 1-64). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1916-1917/1999). 23 Conferencia: Los caminos de la formación de síntoma. En *Obras Completas* Vol. XVI (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925/1999). Presentación autobiográfica. En *Obras Completas* Vol. XX, (pp. 1-70). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933/1999). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 33 conferencia: La feminidad. En *Obras Completas* Vol. XII, (pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Good, M. (1995). Karl Abraham, Sigmund Freud, and the Fate of the seduction theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43(4), 1137-1167.
- Makari, G. (1997). Dora's Hysteria and the Maturation of Sigmund Freud's Transference Theory: a New Historical Interpretation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 45(4), 1061-1096.

- Makari, G. (1998). The seductions of history: sexual trauma in Freud's theory and historiography. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 79, 5, 857-869.
- Masson, J. (1984). *El asalto a la verdad. La renuncia de Freud a la teoría de la seducción*. Barcelona: Seix Barral.
- Masson, J. (1985). *Freud - Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Nunberg, H., & Federn, E. (Eds.). (1962). *Minutes of the Vienna Psychoanalytic Society. (Vol. 1)*. New York: International Universities Press.
- Schimek, J. (1987). Fact and Fantasy in the Seduction Theory: A Historical Review. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 35(4), 937-965.
- Triplett, H. (2004). The Misnomer of Freud's "Seduction Theory". *Journal of the History of Ideas*, 65(4), 647-665.

Fecha de recepción: 21-08-2012

Fecha de aceptación: 21-11-2012